

XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

# **“Banderas ondeantes”. La guerra y la idea de nación.**

Miguel Angel Vallejos.

Cita:

Miguel Angel Vallejos (2019). *“Banderas ondeantes”. La guerra y la idea de nación. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/634>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **“Banderas ondeantes”. La guerra y la idea de nación.**

Miguel Angel Vallejos

Universidad de Buenos Aires

[mvallejos014@gmail.com](mailto:mvallejos014@gmail.com)

Eje 6: Cultura, Significación, Comunicación, Identidades.

Mesa 106: Reflexiones sobre la idea de nación: pertenencias nacionales, cultura e identidades en debate.

### **Resumen:**

Los fundadores de la sociología moderna fueron fervorosos nacionalistas. Tanto Emil Durkheim como Max Weber estuvieron activamente comprometidos con el (re)ordenamiento socio-político de sus respectivos estados-nacionales; sus escritos políticos, e inclusive sus más álgidos empeños científicos, no pueden ser cabalmente entendidos fuera de estas inquietudes. Incluso Georg Simmel, en no menor medida, aunque por motivos diferentes, cedió al entusiasmo nacionalista despertado por la Gran Guerra.

El objetivo de este trabajo será abordar la idea de nación y el sentimiento de pertenencia nacional en relación a una de sus manifestaciones particulares, la experiencia de la guerra, como forma de contribuir a la explicación de “las condiciones de su origen y sus consecuencias para la acción” (Weber 1984). La primera parte presenta, desde un enfoque teórico, el fenómeno de la guerra como vector para pensar la idea de nación; la segunda parte, adoptando una perspectiva socio-histórica, aborda el papel de la guerra en la conformación de las naciones modernas; finalmente, en el último apartado, a través de una estrategia comparativa, se expone cómo tres autores clásicos para la sociología (Durkheim, Weber y Simmel) sostuvieron sus ideas y sentimientos sobre la nación ante la hecatombe de la Primera Guerra Mundial. Nuestra propuesta consiste en llevar a cabo una exploración sobre la espiral dinámica que existe entre guerra y nación en el marco de la modernidad.

### **Palabras clave:**

Guerra, nación, Durkheim, Weber, Simmel.

*El patriotismo es el huevo de donde nacen las guerras.*

Guy de Maupassant

Los fundadores de la sociología moderna fueron fervorosos nacionalistas. Tanto Emil Durkheim como Max Weber estuvieron activamente comprometidos con el (re)ordenamiento socio-político de sus respectivos estados-nacionales; sus escritos políticos, e inclusive sus más álgidos empeños científicos, no pueden ser cabalmente entendidos fuera de estas inquietudes. Incluso Georg Simmel, en no menor medida, aunque por motivos diferentes, cedió al entusiasmo nacionalista despertado por la Gran Guerra. Puede decirse, entonces, que la sociología porta en su ADN la preocupación por la idea de nación. No por ello, sin embargo, la empresa resulta sencilla:

Frente al concepto empíricamente multívoco de la "idea de nación", una casuística sociológica debería exponer todas las clases particulares de sentimientos de comunidad y solidaridad según las condiciones de su origen y según sus consecuencias para la acción comunitaria de sus miembros. (Weber 1984: 682).

Ese será el objetivo de este trabajo; abordar la idea de nación y el sentimiento de pertenencia nacional en relación a una de sus manifestaciones particulares, el fenómeno de la guerra, y exponer sus condiciones de origen y consecuencias para la acción. No es una elección caprichosa: “La nación y la guerra, en su forma más patética, aparecían a los ojos de la primera generación de sociólogos como una cuestión central para el análisis del proceso creciente de racionalización y de su tendencia opuesta.” (Vernik 2011: 278). Los padres de la sociología pronto verían confrontadas sus ideas y sentimientos sobre la nación con el fenómeno más conmocionante para la civilización occidental del naciente siglo XX: la Gran Guerra. Por otra parte, a pesar de la íntima afinidad entre estos términos, no se trata de una relación unívoca y lineal: si es verdad que muchas guerras son producto de los nacionalismos, también es cierto que tanto las naciones como el sentimiento nacional son el resultado de sendas guerras. Esta imbricación mutua ha sido una característica de nuestra civilización desde la pre-modernidad: “La actividad militar y la formación del Estado en Occidente quedaron, por tanto, inextricablemente vinculadas: los Estados hacían la guerra, pero la guerra hacía también Estados” (Parker 2010: 14). No se trata, por tanto, de determinar, una vez más, si el huevo precedió a la gallina o viceversa; sino de llevar a cabo una exploración (no libre del riesgo de extravío) en la espiral dinámica que existe entre guerra y nación en el marco de la modernidad.

## La guerra como vector para pensar la idea de nación

No es difícil identificar el mayor peligro de abordar la idea de nación desde el fenómeno de la guerra. Al tratarse de una situación extraordinaria (desde el punto de vista que se la mire), se corre el riesgo de desatender la reproducción ordinaria o regular de lo nacional; en otras palabras, enfocarse en la guerra solaparía lo que Billig (1998) llama el “nacionalismo banal”. Sin embargo, el nacionalismo banal no es sino la continuación inconciente de aquel nacionalismo exacerbado y estridente, propio de los periodos de efervescencia nacional colectiva (o como Billig los llama: “los días durkheimnianos de comunión”), entre ellos el estado de guerra (p. 48). De manera que sin esas formas extraordinarias de estímulo patriótico (las banderas ondeantes), tampoco tendría lugar el nacionalismo cotidiano y rutinario (las banderas flácidas e indolentes), como la lumbre que solamente pervive en la medida que se atizan las brasas: ambos momentos se refuerzan y avivan mutuamente. La vital resonancia que tienen los “días de conciencia nacional excepcional” en la continuidad de una nación también fue subrayada por el primer analista clásico del nacionalismo, Ernest Renan:

El culto a los antepasados (...) Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria (se entiende, la verdadera), he ahí el capital social sobre el cual se asienta una idea nacional. Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer seguir haciéndolas aún, he ahí las condiciones esenciales para ser un pueblo (Renan 2004: 10).

Quién puede negar que en este *pasado heroico y glorias comunes*, que en esa “historia rica en poderío” (en palabras de Weber), la guerra ocupa un lugar privilegiado. Más aún, “el sufrimiento en común une más que el gozo. En lo tocante a los recuerdos nacionales, los duelos valen más que los triunfos; porque imponen deberes; piden el esfuerzo en común” (Renan 2004: 11). En el mismo sentido señala Weber que el sentimiento de unidad nacional es producto, sobre otros motivos, de la perentoria amenaza de la muerte o el aniquilamiento de la libertad: “Tal circunstancia introduce en la comunidad política su *pathos* específico. También produce sus fundamentos emotivos permanentes.” (Weber 1984: 662; Breuer 1996: 131). Pero enseguida aclara que no se trata de cualquier tipo de sacrificio común (a diferencia de Renan), sino particularmente del esfuerzo bélico:

El destino político común, es decir, ante todo *las luchas* políticas comunes *a vida y a muerte* forman comunidades basadas en el recuerdo, las cuales son con frecuencia más sólidas que los vínculos basados en la comunidad de cultura, de lengua o de origen.

Como luego veremos, es *lo único* que caracteriza decisivamente la "conciencia de la nacionalidad"<sup>1</sup> (Weber 1984: 662).

Como ejemplo concreto de estos decisivos "destinos políticos comunes" para el sentimiento de unidad nacional, Weber presenta el caso de los alsacianos alemanes<sup>2</sup> que, no obstante, se consideraban parte de la "nación" francesa, por haber participado con aquellos en las guerras revolucionarias por la liberación del feudalismo (Weber 1984: 325). La camaradería en el campo de batalla está, en este caso, incluso por sobre la comunidad lingüística. El propio Weber, a propósito de la Gran Guerra, conmina a sus compatriotas: "quien no está dispuesto a arriesgarse al cadalso y a la prisión, no merecerá el nombre de nacionalista en el futuro" (citado en Weisz 2014: 691).

Ahora bien, aunque haya que aceptar el carácter parcial del empeño de abordar la idea de nación a partir de sus manifestaciones más extraordinarias, resulta, aun así, atendible por otro motivo. También Billig reconoce en el estado de guerra una dimensión determinante para la idea de nación. A la hora de demostrar la vigencia del nacionalismo en la actualidad, este autor señala que el mundo sigue dividido territorialmente en Estados-nación y siguen siendo éstos quienes monopolizan la acción bélica (en términos de armamento, ejércitos, vigilancia, etc.): "la nación sigue siendo la causa, por encima de cualquier otra, de que las poblaciones maten y mueran. Todos los días los medios de difusión informan de violentas luchas para establecer nuevas fronteras nacionales, o para defender las actuales" (Billig 1998: 38). A eso mismo se refiere Weber cuando identifica el sentimiento nacional con un determinado *pathos* que, allende sus fuentes, está vinculado a una vocación de poder:

Siempre el concepto de "nación" nos refiere al "poder" político y lo "nacional" -si en general es algo unitario- es un tipo especial de *pathos* que, en un grupo humano unido por una comunidad de lenguaje, de religión, de costumbres o de destino, se vincula a la idea de una organización política propia, ya existente o a la que se aspira y cuanto más se carga el acento sobre la idea de "poder", tanto más específico resulta ese sentimiento patético (Weber 1984: 327).

También Renan suscribe, para quien sabe leer entrelineas, a este vector fundamental en su definición de la idea de nación, cuando previene contra el razonamiento espurio de fundamentarla en la etnia: en tal caso

---

<sup>1</sup> cursivas nuestras.

<sup>2</sup> En el momento en que Weber escribe, Alsacia pertenece a Alemania, que tras la guerra franco-prusiana había anexionado ese territorio. Lo perderá después de la I Guerra Mundial.

El patriotismo dependería de una disertación más o menos paradójica. Se vendría a decir al patriota: “Usted se equivocó y derramó su sangre por tal o cual causa; creía ser celta. No, usted es germano”. Después, diez años más tarde, se le diría que es eslavo... (Renan 2004: 8).

Lo que de esta manera admite elípticamente es que el derramamiento de sangre por la causa nacional constituye un indicador de patriotismo ante el cual todos los demás palidecen. No la sangre que se porta, sino la que se derrama. Esta posición es refrendada por Weber al momento de introducir una distinción entre pertenencia a una nación y pertenencia al “pueblo de un Estado” o comunidad política (Weisz 2014: 686): los alemanes de Austria lucharían sólo por la fuerza y sin ninguna lealtad contra Alemania, mientras que los norteamericanos de origen alemán lucharían incondicionalmente contra Alemania; los polacos de Alemania aceptarían combatir contra un ejército ruso-polaco, pero no contra un ejército polaco autónomo (Weber 1984: 681). Ante la yuxtaposición de un sentido de pertenencia político-estatal y otro nacional, aparece aquí nuevamente, con toda contundencia, el encuadramiento activo en un bando beligerante como indicador último de la nacionalidad; la sangre derramada no se equivoca. Por lo mismo, la guerra no es un asunto entre estados, sino entre naciones o, en última instancia, estados-nacionales:

La guerra ha acrecentado considerablemente el mito del estado. “El estado, no la nación”, es la palabra de orden. ¿Es justa esta consigna? (...) El estado puede, es cierto, hacer mucho, pero no está en condiciones de asegurarse por medio de la fuerza la libre participación de cada individuo (Weber 1982: 49).

Esta constatación preliminar nos lleva a concluir que la idea de nación y el sentido de pertenencia nacional están absolutamente atravesados por el fenómeno de la guerra y, en no pocos casos, definidos por su experiencia. Por supuesto, la superposición entre sacrificio, muerte y comunidad nacional aparece más acentuada en la “ideología de la guerra” alemana, pero en modo alguno es patrimonio exclusivo de ésta (Losurdo 2003: 26-27). Al respecto resulta sumamente sugestiva la tesis de los autores estadounidenses C. Marvin y D. W. Ingle (1999) según la cual el nacionalismo es una especie de religión sacrificial, la nación una comunidad fundada sobre la sangre vertida por una víctima sacrificada violentamente y la bandera, el tótem sagrado que simboliza ese vínculo comunitario: “La bandera es el dios del nacionalismo y su misión es organizar la muerte” (Marvin e Ingle 1999, citado en Santiago García 2015: 110). Sin ir más lejos, esto nos recuerda las palabras del poeta Horacio Quiroga: “*Traza, hijo mío, las fronteras de tu patria con la roja sangre de tu*

*corazón. Todo aquello que la oprime y la asfixia, a mil leguas de ti o a tu lado mismo, es el extranjero*”<sup>3</sup>.

## **La guerra y la conformación de las naciones**

No es posible pensar el problema de la nación y el nacionalismo en el vacío; debemos remontarnos a las condiciones concretas de su origen. El mapa de la Europa moderna, con sus principales estados-nacionales, queda configurado con la conclusión de la “guerra de los Treinta Años” (1618-1648). La Europa de entonces dejó de estar dividida en bloques religiosos, resultados de la reforma protestante ocurrida en el siglo XVI, y comenzaron a consolidarse los Estados absolutistas. De esta manera, con la paz de Westfalia (1648) se establecieron las bases de un nuevo orden interestatal europeo, luego extendido al resto del mundo con el imperialismo. “La soberanía estatal y el principio de igualdad entre Estados en tanto tales, fueron los principales resultantes de estos tratados” (Bonavena y Nievas 2015: 76). Comienza a desplegarse progresivamente una creciente jurisprudencia para reglamentar la actividad bélica, que tiene su base en dos principios: el *Ius In Bello* o “derecho en la guerra” establece una distinción entre lo militar (combatientes) y lo civil (no-combatientes), prohibiendo convertir a estos últimos de objeto de ataque; el *Ius Ad Bellum* o “derecho a la guerra” consagra a los Estados como los únicos actores bélicos legítimos y convierte el derecho a declarar la guerra en su prerrogativa. De esta manera se consolida el proceso de expropiación de la capacidad militar (despojando a la nobleza del derecho a la guerra y subsumiendo a las compañías militares privadas en los ejércitos nacionales regulares) y su concentración en manos del Estado, lo que Weber llamó el “monopolio de la violencia legítima”. A partir de allí es que los Estados nacionales, en tanto únicos agentes de la guerra (material y jurídicamente), se vuelven sujetos políticos, o como dice Luhmann (2007) ahora “las naciones tienen nombres propios” (p. 829). Desde ese momento, la “guerra justa” ya no será desatada por el ataque a los civiles (así se trate de verdaderas masacres) sino por el ataque a una *nación*: “el asesinato simbólico de una nación supera con creces en criminalidad al asesinato que comete el Estado contra sus propios nacionales” (Billig 1998: 40). Como puede apreciarse, nación y guerra están (con)fundidos desde la médula.

Este breve preámbulo histórico se impone a la hora de comprender cabalmente el lugar privilegiado que ocupa la violencia y, en igual medida, el olvido de esa violencia, en la constitución de cualquier nación. “La investigación histórica, en efecto, vuelve a poner bajo la luz los hechos de violencia que

---

<sup>3</sup> Quiroga, H.: “La patria”, en *El desierto*. Buenos Aires: Losada. 1997.

han pasado en el origen de todas las formaciones políticas (...) La unidad se hace siempre brutalmente” (Renan 2004: 3). Asimismo, cuando Weber rastrea la génesis de la civilización occidental moderna, encuentra su embrión en la ciudad medieval; y la ciudad fue originalmente una fortaleza, una instalación militar (Weber 1984: 955). Más tarde, “El reemplazo de la ciudad por la nación” en tanto forma predominante de unidad socio-política, con la extensión y el auge del absolutismo, no solo corroe el sentido de pertenencia política del ciudadano, sino también su participación efectiva en la esfera pública. El servicio militar obligatorio se presenta, entonces, como dispositivo fundamental para volver a implicar al ciudadano en la trama política de la nación, ya que “las guerras son procesos últimos de decisión” entre los Estados nacionales (Luhmann 2007: 834). Esta evolución tuvo su culminación con la *levée en masse* de las guerras napoleónicas y la idea de “la nación en armas” para la defensa nacional, que potenciaba la fuerza moral de los combatientes con la identificación entre *soldado* (ejército) y *ciudadano* (nación).

Puede objetarse que, al hablar de las condiciones geográficas, Renan (2004) expresamente excluye a “las necesidades militares” de los factores que definen una nación, “De otro modo, todo el mundo apelará a sus conveniencias militares, y eso sería la guerra sin fin” (p. 10). Lo sorprendente es que, acto seguido, al señalar el carácter mediático del territorio en la conformación de la nación, subraya el papel de la lucha y el trabajo común: “no es la tierra más que la raza lo que hace una nación. La tierra suministra el substrato, el *campo de la lucha* y del trabajo; el hombre suministra el alma”<sup>4</sup>. El término “lucha” no puede ser entendido sino como esfuerzo bélico dado que expresamente se lo distingue del trabajo (productivo). De manera que aquí, también Renan cuenta a la guerra entre los factores que configuran una nación. Más adelante, Weber (1982) también subrayaría la profunda imbricación entre geografía, necesidades militares e interés nacional, particularmente para el caso alemán:

Somos un estado potencia. (...) el destino ha dispuesto que Alemania sea la única que limita con tres grandes potencias continentales, por añadidura las más fuertes después de nosotros (...) De esto se deriva ante todo la necesidad de un armamento poderoso. (...) debemos adecuar nuestra política a nuestra posición geográfica (p. 36-37).

La guerra, por ende, no se limita al origen de las naciones modernas, sino que las acompaña en su devenir histórico y constituye el horizonte (real o virtual) de su desenvolvimiento vital. Renan (2004) sintetiza este orden interestatal europeo propio de la temprana modernidad de la siguiente manera:

---

<sup>4</sup> cursivas nuestras.



Europa occidental nos aparece dividida en naciones, algunas de las cuales, en ciertas épocas, han procurado ejercer una hegemonía sobre las otras, sin nunca lograrlo de un modo duradero. (...) La división de Europa es demasiado grande para que una tentativa de dominación universal no provoque muy rápidamente una coalición que haga volver a entrar a la nación ambiciosa en sus confines naturales. Una especie de equilibrio es establecido por largo tiempo (p. 1-2).

Aquí Renan introduce indudablemente, si bien en forma velada, la posibilidad de la guerra como factor organizador de las naciones. Idéntico parecer se encuentra en Durkheim (2011), si bien, al igual que su compatriota, intenta revestir a este concierto de un carácter moral antes que militar:

Hay una conciencia universal y una opinión del mundo a cuyo imperio no es posible sustraerse, del mismo modo que no es posible sustraerse al imperio de las leyes físicas (...) Un Estado no puede sostenerse cuando tiene a la humanidad en contra suya (p. 192).

Sin embargo el pretendido carácter moral de ese “imperio” solo se sostiene en la abstracción; cuando se presenta un caso concreto (cuando la nación que pretende alzar su cabeza sobre las demás es Alemania) se revela la naturaleza bélica de ese orden. En ambos autores, entonces, esa suerte de “equilibrio inestable” entre las naciones europeas no tiene otro asiento que la amenaza militar, y así queda en evidencia cuando Durkheim hace su patética invocación final a las naciones en plena I Guerra Mundial:

[Alemania] ha podido poner en pie la monstruosa máquina de guerra que ha lanzado sobre el mundo con objeto de domeñarlo. Pero no se domeña al mundo. (...) Que todos los pueblos cuya existencia se ve turbada o amenazada –son legión– vengan a conjurarse contra él, y ya no estará en estado de hacerles cara y el mundo será libertado (Durkheim 2011: 194).

Este breve planteo de visualizar a la nación a través del prisma de la guerra, situándola en una dimensión histórica, no abstracta sino concreta, sirve para comprender el carácter contingente de lo nacional. La violencia humana y, en no menor medida, el “error histórico” son factores esenciales en la constitución de una nación: “Las naciones no son algo eterno. Han comenzado, terminarán. La confederación europea, probablemente, las reemplazará. Pero tal no es la ley del siglo en el que vivimos” (Renan 2004: 11). No se pretende negar con ello su carácter espiritual, en tanto unidad moral derivada de la voluntad colectiva. Pero incluso Renan era conciente, y se permitía ironizar, de que su concepción voluntarista de la nación adolecía de una ingenuidad casi romántica: “Estas endebles ideas francesas pretenden reemplazar la diplomacia y la guerra con una simplicidad infantil” (p. 12).

## La Gran Guerra y el nacionalismo

Se inició señalando la importancia que revestía la idea de nación para los fundadores de la sociología; parece pertinente finalizar exponiendo cómo éstos sostuvieron sus ideas ante la hecatombe de la I Guerra Mundial. Pueden contrastarse dos escritos publicados durante los primeros años del conflicto: “Alemania por encima de todo” (París, 1915) de Durkheim y “Alemania entre las grandes potencias europeas” (Munich, 1916) de Weber. Aquí se encuentran tesis diametralmente opuestas sobre los motivos del inicio de las hostilidades; según Weber, Alemania había sido amenazada y debía responder; para Durkheim, Alemania había sido la única agresora. Autores separados por más que una trinchera, sin embargo, arriban a una misma conclusión: la guerra era inevitable. No obstante, la posición política de Durkheim durante la guerra

no lo llevó a reivindicar el aniquilamiento del pueblo alemán ni a exaltar las virtudes de la guerra. Contrasta con la postura de Weber que consideraba a la guerra como “*grande y maravillosa*”, incluso independientemente de su resultado. También con la de Georg Simmel que argumentaron a favor de la guerra como “*tonificante*” y “*revitalizadora*” de la cultura moderna (Bonavena 2010: 308; Joas, 2005: 61 y 74).

Este último se diferencia de los anteriores autores por no ser un pensador político y, por ende, interpretar el conflicto desde una perspectiva ética y filosófico-existencial; ello no obstó, sin embargo, para verse arrastrado por el entusiasmo bélico iniciado en 1914: “el científico social abandonará la lucidez del análisis microsociológico e impresionista de la modernidad para embarcarse en una apología de la guerra como empresa cultural y filosófico-histórica” (Mateu Alonso 2013: 218). En contraste, Durkheim “más allá de su actitud militante durante el conflicto bélico a favor del fortalecimiento del estado moral del pueblo, se oponía decididamente a todo tipo de guerra, tanto la de clases como la que ocurre entre naciones” (Bonavena 2010: 308) mientras que “Weber es mucho más político. Él piensa que estamos obligados a hacer esta guerra y a ganarla, y que éste es el interés de la nación alemana” (Vernik 2011: 291) y solo lamentaba no poder participar personalmente en el frente debido a su edad (Weisz 2014: 690).

No obstante, no es posible entender la venia que hace Weber a la Gran Guerra únicamente desde su posicionamiento político, sin atender a su concepción teórica<sup>5</sup>. Ya se vio que para Weber la

---

<sup>5</sup> Nos hemos ocupado en particular de la postura teórico-política de Weber respecto de la I Guerra Mundial en Vallejos, M. (diciembre, 2018). La guerra como vocación: el aporte de Max Weber para una sociología de la guerra. En P. Bonavena y M. Millán

nacionalidad se define por el “sentimiento de prestigio” compartido por un grupo, y más específicamente “el prestigio del poder” (Weber 1984: 678-679). Porque, una vez más, el elemento concluyente para definir una nación es la vocación de poder:

Lo que nos despierta reparos para aplicar el nombre de "nación" no es la "pequeñez" cuantitativa de la unión política -los holandeses constituyen para nosotros una "nación"-, sino la renuncia consciente al "poder", que convirtió en "neutrales" a esas colectividades políticas. Los suizos no constituyen una verdadera "nación" (Weber 1984: 326).

De ello se desprende que las causas últimas y decisivas de la guerra no son económicas o geográficas (conquista de mercados o territorio) sino estrictamente políticas; tienen que ver con el balance del poder entre las naciones (Losurdo 2003: 8-9). El carácter de potencia de la nación alemana la impulsa a luchar por la *autonomía* (en el sentido estricto de no aceptar ninguna ley impuesta desde el exterior) frente a las potencias vecinas: Rusia, Francia y Gran Bretaña. En este escenario, Alemania tiene una “misión” providencial, una responsabilidad ante la posteridad: evitar que estos imperios se repartan los despojos del mundo y determinen unilateralmente el carácter de la civilización del futuro, pues su colonialismo no es solo una amenaza a la germanidad, sino a la cultura mundial (Weber 1982: 31, 55; Aron 1981: 39).

Un pueblo de setenta millones de habitantes, ubicado entre las potencias conquistadoras del mundo, tenía el deber de transformarse en un estado de gran potencia. Debíamos ser una gran potencia, y para poder hacer sentir nuestro peso también en las grandes decisiones sobre el futuro del mundo, debíamos arriesgar esta guerra. Hubiéramos debido hacerla incluso si hubiésemos tenido motivos para temer sucumbir. (...) lo imponía el honor de nuestro patrimonio étnico-cultural. *La guerra alemana es librada por el honor* y no por cambios sobre los mapas o por ganancias económicas<sup>6</sup> (Weber 1982: 57).

Inmediatamente agrega que la lucha no solo se libra por la propia existencia como nación, sino también por la de las pequeñas naciones situadas en derredor: “Solo el equilibrio recíproco de las grandes potencias garantiza la libertad de los pequeños estados” (p. 57). Paradójicamente, sólo a la sombra del militarismo germano, que pone coto a las aspiraciones anexionistas rusas (en oriente), francesas y británicas (en occidente y ultramar), puede florecer el farisaico pacifismo suizo. Por eso

---

(coord.), La guerra como objeto de estudio de las ciencias humanas. Problemas teóricos y abordajes de conflictos concretos, de la antigüedad al presente. *X Jornadas Sociología de la UNLP*. Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Buenos Aires.

<sup>6</sup> cursivas nuestras.

la guerra era (geográficamente) inevitable para Alemania; la hubiera sufrido aunque hubiese permanecido como pequeño estado, más no sea aportando a otros el campo de batalla.

Según Durkheim (2011), la conducta bélica alemana no es más que la manifestación de una determinada mentalidad: “la guerra *nos ha revelado*” la concepción del Estado-nacional que porta Alemania<sup>7</sup> (p. 155). Durante la paz esa mentalidad se mantiene en segundo término en la conciencia, pero la guerra opera como catalizador de la idea de nación. Esa “alma alemana” que la contienda descubre -alega Durkheim- había sido ya articulada orgánicamente por Henri von Treitschke, historiador prusiano, y se sintetiza en la fórmula *El Estado es poder*; un Absoluto que está por encima de las leyes internacionales, de la sociedad civil, incluso por encima de la moral. Desde esta perspectiva, el único deber del estado es desarrollar su poder y hacerse un sitio, lo más grande posible, bajo el sol (p. 172). La fuerza física de la nación, el ejército, es «el Estado hecho carne»; sus jefes, «los verdaderos héroes históricos». Esta abierta apología del militarismo, no puede más que culminar en una directa apología de la guerra: para Treitschke “Sin la guerra, el Estado no se puede concebir siquiera” (p. 163). De hecho, toda aparente paz esconde una guerra velada y latente.

Esa “hipertrofia mórbida de la voluntad” no puede sino desembocar en una vocación de dominación mundial (Durkheim 2011: 192). También Adorno (1993) se plegaría a esta acusación; “la divinización del Estado” estaba indisolublemente ligada al “potencial político agresivo de la guerra de conquista”, ergo: imperialismo (p. 99). Cuando se cree que el límite ideal al que debe tender el Estado es la hegemonía universal y se considera que sus semejantes son rivales a los que debe “adelantarse para que no se le adelanten” (Durkheim 2011: 190) ya no puede existir un pacífico balance de fuerzas: la guerra es inevitable.

Pero “no solamente es inevitable: es moral y santa”: mientras que la paz promueve la vida mediocre y vulgar, centrada en el interés personal, la guerra estimula sentimientos nobles como el sacrificio, la abnegación y el heroísmo: inspira a los hombres a superarse a sí mismos en pos de un «idealismo político» de reminiscencias ascéticas y místicas, o lo que Adorno (1993) denomina el *pathos* de lo absoluto (p. 100). Por eso a ojos de Treitschke el ideal de la paz universal no es posible, ni tampoco deseable (Durkheim 2011: 163-164). Como resulta evidente, en Weber es posible hallar notables continuidades con la “tradición militarista” del pensamiento político pangermánico (Joas 2005: 191; Aron 1981: 39) a pesar de que abandona el mismo en 1899 y asume posteriormente una posición crítica (Weber 1982: 35). Finalmente, la conclusión a la que llega Durkheim (2011) es que “nos

---

<sup>7</sup> cursivas nuestras.

encontramos, pues, frente a un caso claramente caracterizado de patología social” (p. 193) contra la que, como ya se vio, convoca a coaligarse en santa cruzada a todos los pueblos del mundo.

En Adorno (1993), sin embargo, puede leerse una denuncia contra esta forma de entender y presentar los hechos: “A una persona habituada a pensar en sentido sociológico, que concibe socioeconómicamente también el fascismo, le es completamente ajena la tesis de que todo eso es esencial a los alemanes como pueblo” (p. 100). Efectivamente, en lugar de una explicación esencialista, Adorno busca las causas socio-históricas del nacionalismo: “El carácter históricamente tardío de la unificación alemana, obtenida de modo precario e inestable, hace que, para afirmarse como nación, los alemanes tiendan a exagerar la conciencia nacional y a condenar, airados, cualquier desviación” (p. 97). Si esto claramente cabe al inflamado nacionalismo de Weber, ligado en sus inicios académicos al pangermanismo, con mayor justeza aplica al súbito patriotismo de Durkheim y Simmel, cuya lealtad nacional fuera cuestionada virulenta e infundadamente durante la guerra (por el apellido germano del primero, por la filosofía cosmopolita del segundo), siendo ambos acusados de “extranjeros” (casi en paralelo) debido a su origen judío (Giner 2008: 17).

A diferencia de Durkheim, y al igual que Weber, Georg Simmel “cree que Alemania es una víctima” del conflicto bélico (Vernik 2011: 292). Sin embargo, para él la guerra de 1914 representa la oportunidad para un renacimiento o transformación interior de Alemania y, con ella, de la cultura occidental *in toto*:

el rival que Simmel considera desde un punto de vista más general es el materialismo francés, el sensualismo tanto en sus versiones filosóficas o científicas como económicas, y defiende que Alemania ha llevado a cabo sus dos guerras contra Francia (...) como abanderada de una nueva humanidad, idea para cuya definición hace un uso ideológico de Nietzsche. A partir de esta misma reivindicación de Alemania como representante de una idea futura que tiene que realizarse, de una misión histórica, cabe entender que Simmel argumente que la transformación interior de Alemania incluye en sí también una nueva idea de Europa (Mateu Alonso 2013: 219).

Esta es la perspectiva que se encuentra en sus escritos referidos al tema, entre los que descollan “La transformación interior de Alemania” (1914), “La dialéctica del espíritu alemán” (1916) y “Deviene lo que tú eres” (1915)<sup>8</sup>: “todos estos textos ven la Guerra en términos de una conmoción histórico-universal y, en cuanto tal, la definen como un factor inhibitor de procesos cosificadores y favorecedor de formas de vidas armoniosas y auténticas” (García Chicote 2016: 96). De hecho,

---

<sup>8</sup> Los dos primeros, editados en Berlín (1917) junto con otros dos escritos de la época de la guerra bajo el título “*La guerra y las decisiones espirituales*”. No conocemos versión castellana de estos textos; hay traducción al inglés de los dos últimos en Simmel, G. (2007): “Become What You Are” y “The Dialectic of the German Spirit”, en *Theory, Culture & Society*, Vol. 24 (7–8), pp. 57–66.

Simmel adjudica al espíritu colectivo provocado por la guerra un tono cuasi religioso que no está lejos de la “efervescencia colectiva” de Durkheim (Joas 2005: 95) y esto es lo fundamental:

en la guerra, se muestra que lo más individual del sujeto está para Simmel atravesado por aquello que comparte con el resto de sus conciudadanos. Así Simmel defiende que en la guerra se recupera un vínculo colectivo primigenio que parecía ahogado por las formas modernas de socialización basadas en relaciones económicas impersonales e institucionalizadas (Mateu Alonso 2013: 218).

La conflagración internacional, entonces, permite descubrir el sentido de *pertenencia* nacional que existe más allá de (y por sobre) el individualismo, la diferenciación y la alienación moderna: “propicia una vivencia bélica cuya inmediatez restablece la conexión entre individuo y totalidad, entre individuo y nación” (García Chicote 2016: 97). Por ello, si es cierto que Simmel abriga la esperanza de que la guerra de 1914-1918 provea un nuevo impulso ético para superar la tragedia de la cultura moderna, esperanza que se demostró a todas luces frustrada (Vernik 2011: 290; Joas 2005: 96), también es cierto, y más pertinente para nuestra indagación, que esta crisis le permite descubrir una ligazón vital entre guerra y nación: “Simmel y otros intelectuales ven en esta guerra una oportunidad de actualización y purificación de fuerzas interiores peculiares alemanas que han de ser vehiculizadas por el Estado de la Nación” (García Chicote 2016: 100).

Así las cosas, la crítica epistemológica de Adorno (1993) es perfectamente aplicable tanto a acusados como a acusadores: “la formación de esencias colectivas nacionales (...) obedece a una conciencia cosificadora”. En todas las formas de nacionalismo este autor reconoce “la estereotipia del auto-endiosamiento” y la “supremacía irreflexiva de lo nacional” (p. 96-97) que lleva a una construcción maniquea y falaz de “lobos y corderos” donde siempre *nosotros* es identificado con lo bueno y *los otros* es asimilado a lo malo: “los malos suministran la apariencia de una justificación legal para liberar los propios instintos sádicos sobre las víctimas, caracterizadas en cada caso en nombre del «castigo» merecido” (p. 366). Sin dudas, ni Weber ni Durkheim escaparían a esta caracterización. Simmel, en apariencia más cauto, también cede al impulso de esencializar los rasgos nacionales con categorías como “espíritu alemán” [*Deutschen Geistes*].

Luhmann llega a una conclusión complementaria: la idea de nación pertenece a ese puñado de “semánticas transitorias” que rindieron utilidad como principio de diferenciación (e identificación) en el pasado, pero destinadas a desaparecer en la actualidad en tanto solo bloquean formas superiores de conciencia colectiva y acarrearán más daños que beneficios a la sociedad humana. No casualmente, las guerras ya no funcionan como procesos para redefinir equilibrios en el orden mundial (una suerte de justa de última instancia entre naciones), sino que debido al desarrollo de la

técnica moderna devienen “catástrofes ecológicas sin vencedores ni vencidos”, como se pone en evidencia desde la I Guerra Mundial (Luhmann 2007: 835-836).

A modo de cierre se presenta una reflexión final que, con cierta licencia poética, parafrasea la conclusión de otra célebre obra de uno de los autores centrales en este trabajo, que el lector sabrá reconocer:

A juicio de la joven generación de sociólogos alemanes, el nacionalismo era una matriz de la cual debían nacer los sentimientos más elevados y nobles. Pero la fatalidad hizo que “lo absoluto se trocase en absoluto terror”<sup>9</sup>. El cascarón ha quedado vacío, quién sabe si definitivamente. En todo caso, el nacionalismo victorioso no necesita ya apoyarse en este idealismo, puesto que descansa en rutinas banales. También parece haber muerto definitivamente la rosada mentalidad de la riente sucesora del patriotismo, la «República», y la idea del «sacrificio hasta la muerte» ronda por nuestra vida como un fantasma de ideas románticas ya pasadas. Nadie sabe quién ocupará en el futuro el cascarón vacío, y si al término de esta extraordinaria evolución se izarán nuevas banderas, de otros colores, o volverán a flamear los antiguos pabellones; o si, por el contrario, lo envolverá todo una ola de indolencia rutinizada. En este caso, los «últimos hombres» de esta fase de la civilización podrán aplicarse esta frase: «Patriotas sin patria, abanderados sin banderas: estas nulidades se imaginan haber ascendido a una nueva fase de la humanidad jamás alcanzada anteriormente».

---

<sup>9</sup> Adorno, T.W.: “Qué es alemán”, en *Consignas*. Buenos Aires: Amorrortu. 1993, p. 99.

## Referencias bibliográficas:

- Adorno, T.W. (1993): “Qué es alemán”, en *Consignas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Adorno, T.W. (2011): “Prejuicio y carácter”, en *Escritos sociológicos II*, vol. 2. Madrid: Akal.
- Aron, R. (1981) Max Weber y la política de poder. *Papers: Revista de Sociología* 15.  
<https://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/24776/57511>
- Billig, M. (1998): “El nacionalismo banal y la reproducción de la identidad nacional”. *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 60, N° 1, pp. 37-57.
- Bonavena, P. (2010): “Lo extraordinario y lo normal en las teorías sociológicas: consideraciones sobre la relación entre sociología y guerra”. *Cuestiones de Sociología*, n° 5/6. La Plata: Prometeo.
- Bonavena, P. y Nievas, F. (2015): “La guerra premoderna”. Cap. II en *Guerra: modernidad y contramodernidad*. Buenos Aires: Final Abierto.
- Breuer, S. (1996): *Burocracia y carisma. La sociología política de Max Weber*. Valencia: Edicions Alfons El Magnànim.
- Durkheim, E. (2011): “Alemania por encima de todo. La mentalidad alemana y la guerra”. En *Escritos políticos*. Barcelona: Gedisa.
- García Chicote, F. (2016): “La conmoción intelectual: Georg Simmel, György Lukács y Ernst Bloch frente a la Gran Guerra”, en Vernik, E. y Borisonik, H. (ed.) *Georg Simmel, un siglo después: actualidad y perspectiva*. Buenos Aires: IIGG-CLACSO.
- Giner, S. (2008): “Durkheim y Simmel, ¿Las dos vías de la sociología? Una nota en el 150 aniversario de su nacimiento”, en *Revista Internacional de Sociología*, Vol. LXVI, N° 51, pp. 9-18.
- Joas, H. (2005): *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*. Barcelona: Paidós.
- Losurdo, D. (2003): *La comunidad, la muerte, Occidente. Heidegger y la ideología de la guerra*. Buenos Aires: Losada.
- Luhmann, N. (2007): “La distinción de las naciones”, en *La sociedad de la sociedad*. Ciudad de México: Herder.
- Marvin, C. e Ingle, D. W. (1999): *Blood Sacrifice and the Nation: Totem Rituals and the American Flag*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mateu Alonso, D. (2013): “La sociología de la guerra según Simmel”. *Revista Eikasía*, Vol. 50, pp. 215-221.
- Parker, G. (2010): “La práctica occidental de la guerra”, en *Historia de la Guerra*. Madrid: Akal.
- Renan, E. (2004): *¿Qué es una nación?*. Ed. digital: Franco Savarino.
- Santiago García, J. (2015): *Siete lecciones de sociología de la religión y del nacionalismo*.



Barcelona: Anthropos.

Simmel, G. (2007): “Become What You Are” y “The Dialectic of the German Spirit”, en *Theory, Culture & Society*, Vol. 24 (7–8), pp. 57–66.

Vernik, E. (2011): “Simmel y Weber ante la nación y la guerra. Una conversación con Grégor Fitzi”. *Sociológica*, año 26, núm. 74, pp. 277-300.

Watier, P. (1991): “The War Writings of Georg Simmel”, en *Theory, Culture & Society*, Vol. 8, pp. 219-233.

Weber, M. (1982): “Entre dos leyes” y “Alemania entre las grandes potencias europeas”, en *Escritos políticos, I*, ed. José Aricó. México, D.F.: Folios, p. 30-58.

Weber, M. (1984): *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*. México: F.C.E.

Weisz, E. (2014): “Nación y racionalización: Dos focos en tensión en los escritos políticos de Max Weber”. *Estudios sociológicos*. Vol. XXXII, núm. 96, pp. 681-708.